



Buenos Aires, junio de 2019

Circular Nº 594

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos un extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Herman Ernst.

“Y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas.”

(Lucas 24: 46-48)

Cristo entregó en la cruz su vida por nosotros. Habiendo vencido el pecado, venció la muerte. En todo es nuestro antecesor. Nos ha dicho: “...ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis” (Jn 13:15). Entonces cuando celebramos la Pascua está implícita la esperanza de nuestra resurrección, de nuestra transfiguración, no como una posibilidad lejana en el tiempo sino ante su inminencia, con las expectativas y entusiasmo de aquellos discípulos que al recibir la noticia de que había sido corrida la piedra del sepulcro y que el cuerpo de Jesús no estaba más, comenzaron a correr hacia allí. Todos los Evangelios relatan acerca de la resurrección de Cristo. Nadie sabe cómo fue, de qué forma aconteció su resurrección. No hay testigos de ello, pero lo importante es todo lo que vino después, a partir de los encuentros con Cristo Resucitado. ¿No es así también lo que hace nuestro Padre celestial con nuestra vida de fe? Muchas veces nos queda vedado de qué forma Dios dirige sus caminos, que medios utiliza, pero la experiencia que vivimos en nuestro corazón ante su intervención divina en nuestras vidas, nos llena de entusiasmo y sentimos que ya no necesitamos comprenderlo todo, sino solamente corresponder fielmente su infinito amor.

El resucitado se presentó de diferentes formas. Algunas veces, como en el texto que hemos leído, de forma evidente y sobrenatural, otras como en el caso de los discípulos que iban camino a Emaús de forma imperceptible. Se acerca un caminante que los acompaña a su lado y les pregunta acerca de lo que están hablando, les abre el entendimiento, les explica que lo que estaban viviendo estaba anunciado en las Escrituras y entra en sus corazones. Cuando más tarde parte el pan, se dan cuenta quien era el que los acompañaba, el Señor Resucitado! al desaparecer de su presencia, reflexionaron: ¿No ardía nuestro corazón cuando nos hablaba? (comparar con Lc 24:32).

El Señor nos llama a ser sus testigos, pero bajo qué condiciones estamos dispuestos a serlo? Solamente si acontecen eventos sobrenaturales que evidencien la intervención de un ser superior? Si esos eventos son tan fuertes y evidentes que provocarían el arrepentimiento de quienes niegan su existencia? O simplemente porque vive permanentemente en nuestros corazones y nos damos cuenta y valoramos cuanto arde nuestro corazón cuando nos habla?

Que podamos ver y confesar en cada situación que nos toca vivir la presencia de Dios, no lo neguemos en nuestro interior anteponiendo la razón y desplazándolo en nuestro corazón, ni ante el prójimo con nuestra forma de hablar, estaríamos renunciando a la misión que nos encomendó.



El Apóstol Pablo en 1 Corintios 15: 5 menciona las diversas apariciones de Cristo y luego se refiere a su propio encuentro, cuando un gran resplandor lo hizo caer de su caballo y oyó: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (Hch 9:4).

Sabemos también que el Señor se presentó cuando estaban los discípulos con las puertas cerradas y apareció en medio de ellos, diciendo “Paz a vosotros” (comparar con Jn 20:19). Que también se presentó en la orilla, mientras estaban pescando y les preguntó si tenían algo para comer, ante la respuesta de que no habían pescado nada, les indicó que tiraran la red a la derecha. Juan entonces lo reconoce y le dice a Pedro: “Es el Señor!”. Así es como el Señor se presenta, como Él quiere que lo conozcamos, de diferentes formas, bajo diferentes experiencias y no necesariamente según nuestros conceptos, consideraciones o aspiraciones, debemos abrir nuestro corazón.

Volvemos a mencionar que Jesús entregó su vida por nosotros; fue juzgado y crucificado. Luego resucitó, fue exaltado; ya quedaron atrás la muerte y el sepulcro. No importa la forma sino que el bien ha vencido al mal. Lo que para los seguidores de Jesús, había sido entendido inicialmente como un fracaso, una decepción, ahora significaba el mayor éxito de todos, la muerte absorbida en victoria, (1° Co 15:55-56) ahora era distinto: podía verse el final dispuesto por Dios.

¿Nos acontece así en nuestra vida de fe? Sabemos esperar en lo que nos ha dicho el Señor y no quedar abrumados por una primera “decepción” por ciertas cosas que pasan y no las comprendemos o con las que no estamos de acuerdo? Se trata de saber esperar porque al final del camino el bien siempre va a prevalecer sobre el mal, la verdad sobre la mentira. Entonces nos podemos preguntar ¿Qué clase de vida aspiramos vivir? De demostraciones y confirmaciones que satisfagan nuestro intelecto o con un corazón ardiendo porque Cristo vive en él? Podríamos aseverar que vivimos por fe?Cuál es la escala de valores con la que nos desenvolvemos cotidianamente?

La resurrección de nuestro Señor evidenció la victoria del amor de Dios por sobre el mal, es el amor de Dios hacia nosotros. Creó al hombre para amarlo y ser amado, fue el ser humano quien prefirió quitar la duda de conocer el bien y el mal. Recibía todo el bien de Dios, lo único a lo que podía aspirar al comer de ese fruto, era el mal. Aunque lo rechacemos Dios nos sigue amando y por su amor Jesucristo volverá para llevarnos con Él, si creemos en Él y realmente lo anhelamos, viviendo con ese propósito cada día, así será. Él no puede mentir (comparar con Nm 23:19). Dios es amor, es paciente. Pero como también es un Dios de verdad, nos dice las cosas tal como son. Entonces nos recuerda que es un tiempo de gracia el que nos toca vivir, que tiene un final: la venida de nuestro Señor Jesucristo. Como hijos de Dios queremos aprovecharlo. Es el tiempo que tenemos para obrar, hoy mismo, sin demoras porque el Señor viene.

Dios es amor, su paciencia, su gracia, su misericordia son inconmensurables, alentémonos los unos a los otros a vivir en fidelidad al Señor ocupándonos del reino de Dios y su justicia en primer lugar, y después dejar en sus manos las alegrías el Señor nos permita, o no, pero entregándonos completamente bajo su divina voluntad.

Así es como experimentamos al Señor en nuestra vida. Muchas veces se presenta de formas que son contundentes y otras de manera imperceptible. Tal vez lo vemos en el hermano, en la hermana, que sin saber la situación que nos está pasando, nos dice una palabra que nos lleva al plano espiritual de lo que vivimos y nos damos cuenta de que nos estábamos ocupando de las añadiduras pero no del reino de Dios y su justicia.

Volvemos al principio, no mostró de qué forma Cristo resucitó, pero sí sus efectos. No nos explica las cosas que nos pasan pero sí qué es lo que espera de nosotros. Dios va adelante y en su amor nos va facilitando el camino, para que la vieja criatura que está en nosotros vaya muriendo y podamos “resucitar” a una nueva criatura, renacer de agua y Espíritu, y que



ese espíritu, el Espíritu Santo sea el que viva en nosotros. Cuando lo experimentamos, podemos ver que Jesús no quedó en la historia sino que realmente está con nosotros, a través del Espíritu Santo, “y ya no vivo yo, más Cristo vive en mí” (Gá 2;20) vivimos lo prometido “...*Cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir*” (Jn 16:13).

Él está presente y por el Espíritu Santo nos va revelando qué espera de nosotros. Eso es lo importante.

También somos testigos de su potestad: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mt 28:18). Nos enseñó a orar pidiendo a Dios en su nombre, entonces lo hacemos bajo ese envío, con su autoridad, todo temor debe desaparecer en ese instante, al expresar en nuestro ruego “el nombre de Jesús” nos colocamos íntegramente bajo su voluntad, sólo debemos atender que ese ruego sea inspirado por el don del Espíritu Santo que está en nosotros. Jesús en la cruz rogó: “perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Intercedió y justificó. Cuidemos que en nuestra oración no le pidamos a Dios que nos haga justicia de acuerdo nuestros propios criterios. Como expresa el texto leído, prediquemos... (con nuestro obrar) el arrepentimiento y la posibilidad del perdón de nuestros pecados. En el ejemplo de Jesús, pidamos lo que Él desea que pidamos, lo verdaderamente importante, lo que inspira el don del Espíritu Santo que está en nuestras almas. Después, el Señor quitará o no la circunstancia. Pero tenemos certeza de que nos dará las fuerzas para superarla y con ello la potestad y autoridad sobre los espíritus, nos podremos enseñorear del pecado, así como le dijo Dios a Caín: “...*el pecado está a la puerta; con todo esto, a ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él*” (Gn 4:7). Tenemos la potestad de enseñorearnos del pecado, porque a Jesús le fue dado todo el poder sobre los cielos y la tierra. Y como manifestó a los Apóstoles, “*y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo*” (Mt 28:20), está presente hoy, su obrar es espectacular y otras veces imperceptible, nosotros sus testigos. Compartamos la experiencia de cuánto nos ama, cuánto nos conoce, cómo es omnipresente, hasta en el pensamiento más profundo. Es algo íntimo entre Dios y cada uno de nosotros. Que lo podamos experimentar y atestiguar siempre: ¡Cristo vive!

* * *